

3
EPISTOLA ENCICLICA “MIRARI VOS ARBITRAMUR” (*)
(15-VIII-1832)

SOBRE LOS MALES DE SU TIEMPO Y SUS REMEDIOS

GREGORIO PP. XVI

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica

169 **1. Causas del retardo en la publica-**
I **ción de esta Primera Encíclica: Los**
males presentes. Juzgamos que os ad-
mirará de que, desde el día en que se
impuso a Nuestra Humildad el cuidado
169 de la Iglesia Universal, Nos aún no ha-
II yamos dirigido ninguna carta, como lo
pedían no solo la costumbre introdu-
cida en los primeros tiempos, sino tam-
bién nuestra benevolencia hacia vos-
otros. En verdad. Nuestro mayor deseo
era abriros en seguida Nuestro corazón
y, en la comunicación íntima de espíritu
hablaros con aquella voz, con que
en la persona del bienaventurado PE-
DRO se nos *mandó confirmar a Nues-*
tros Hermanos⁽¹⁾. Pero conocéis per-
fectamente por qué tempestad de ma-
les y pesadumbres fuimos arrastra-
dos repentinamente en los principios
de Nuestro Pontificado a mares tan
profundos que, si la diestra de Dios
no Nos hubiera fortalecido, tuvierais
que habernos llorado, hundidos por la
abominable conspiración de los im-
píos. El ánimo rehuye despertar de
nuevo, con el tristísimo recuerdo de
tantos peligros, las tristezas allí origi-
nadas; más bien bendecimos al Padre
de toda consolación que, dispersando
a los enemigos, Nos salvó del peligro
inminente, y apaciguada la turbulen-
tísima tempestad, Nos alivió de Nues-
tros temores. Nos propusimos al punto
comunicaros algunos consejos para sa-
nar las heridas de Israel; pero Nos
abrumó una ingente mole de cuidados
al atender el arreglo de la restitución
del orden público, y Nos impuso en-
tonces una dilación de nuestro deseo.

Entre tanto una nueva causa de si-
lencio sobrevino por la insolencia de
los impíos que intentaron levantar de
nuevo la bandera de la traición. De-
bimos al fin, aunque con ingente do-
lor, *refrenar con la vara*⁽²⁾, a Nos

otorgada por autoridad divina, tan
grande obstinación de los hombres, cu-
yo furor desenfrenado se veía incre-
mentarse más bien que suavizarse con
la larga impunidad y la indulgencia de
nuestra magnánima benignidad, con la
cual, como de ello podéis perfectamen-
te deducir, cada día se hacían más pe-
sados nuestros cuidados cotidianos.

2. La Sma. Virgen es la celestial pa-
trona de la presente carta. Con todo,
habiendo tomado posesión del Ponti-
ficado en la Basílica Lateranense (lo
que habíamos diferido por las mismas
causas arriba expuestas) según la cos-
tumbre e institución de nuestros ma-
yores, dejada al fin toda demora, Nos
apresuramos, Venerables Hermanos, a
dirigiros esta carta, testimonio de
Nuestra bondad para con vosotros, en
un día tan fausto como hoy, en que
celebramos la fiesta solemne de la glo-
riosa Asunción a los cielos de la Santí-
sima Virgen, para que aquella misma
a quien tuvimos por Patrona y Salva-
dora de las más grandes calamidades,
Nos asista propicia al escribiros ahora
y con su inspiración celestial Nos su-
giera los consejos que resulten más sa-
ludables para la grey cristiana.

3. Confianza en los Pastores de la
Iglesia. Afligidos, en verdad, y con el
ánimo embargado por la tristeza Nos
dirigimos a vosotros, sabiendo que por
vuestro amor a la Religión estáis muy
preocupados por la dificultad tan gran-
de de los tiempos en que Nos encon-
tramos. Porque con razón pudiéramos
decir que ésta es *la hora de las tinie-*
blas, para cribar, como trigo, a los hi-
jos de la elección⁽³⁾. *La tierra está*
desolada y marchita... profanada por
sus moradores, porque quebrantaron
las leyes, alteraron el derecho, rom-
pieron la alianza eterna⁽⁴⁾.

(*) Acta Gregorii Pp. XVI, A. M. Bernasconi, I, 169-174. Traduc. espec. corregida para la 2ª edición. En “Codices Iur. Can. Fontes” Card. Gasparri, Roma, 1928, tomo II, pág. 744-752 se volvió a reproducir el texto original (latín). Las cifras marginales indican las pág. y columnas del texto ori-
ginal latino de Bernasconi (P. H.).

(1) Lucas 22, 32.

(2) I Corint. 4, 21.

(3) Lucas 22, 53.

(4) Isaías 24, 4-5.

4. Rebelión del espíritu del mal contra todo lo bueno. Hablamos, Venerables Hermanos, de cosas que contempláis con vuestros propios ojos, y que lloramos todos con las mismas lágrimas. Se alegran la industriosa maldad, la ciencia insolente, la disoluta licencia; se desprecia la santidad de las cosas sagradas y se condena la majestad del culto divino que posee una poderosa fuerza y entraña una gran necesidad, y los hombres malvados la condenan, la mancillan y la escarnecen. De aquí que la sana doctrina se corrompa, y se difunda audazmente todo género de errores. No las leyes sagradas, ni los derechos, ni las instituciones, ni las más santas ciencias están a salvo de la osadía de los que hablan maldades... Se combate con sumo encarnizamiento a esta Nuestra Sede Romana de PEDRO en la cual Sede puso Cristo el fundamento de la Iglesia; los vínculos de la unidad día a día se debilitan más y se rompen.

5. Se niega toda autoridad y toda obediencia a la Iglesia. - Las sectas secretas. Se ataca la autoridad divina de la Iglesia, y destruidos sus derechos se la somete a razones terrenas; con suma injuria la entregan al odio de los pueblos, reduciéndola a ignominiosa servidumbre. La obediencia, debida a los Obispos se infringe y los derechos de éstos se conculcan. Resuenan, de un modo horrendo, las academias y colegios con nuevas opiniones monstruosas, con las cuales no ya oculta-mente y en secreto se ataca a la fe católica, sino que abiertamente y ahora y a todas luces se le hace una espantosa y nefasta guerra. Porque, corrompidas las almas de los adolescentes con las enseñanzas y el ejemplo de sus maestros, han cundido un ingente daño religioso y una tristísima perversidad moral. Además, abandonado con esto el freno de la santísima religión, con la cual solamente pueden subsistir los reinos y afirmarse la fuerza y solidez del poder, vemos aumentar la ruina del orden público, la decadencia del gobierno y la destrucción de toda legítima potestad. Y ciertamente, este cúmulo tan grande de calamidades se debe atribuir en primer lugar a la cons-

piración de aquellas sociedades en las cuales todo cuanto hay de sacrilego, de infame y de blasfemo en las herejías y en las sectas más criminales, ha desembocado como en una sentina, juntamente con la concreción de todas las bajezas.

6. La oración, el trabajo constante, la unión son las armas de la Iglesia. Estas cosas, Venerables Hermanos, y otras muchas y quizá aun más graves, las que sería largo enumerar al presente, y que vosotros conocéis perfectamente, Nos obligan a sumirnos en el dolor, realmente acerbo y prolongado, a Nos, digo, que, constituidos en la Cátedra del príncipe de los apóstoles, hemos de consumirnos antes que nadie por el celo de la universal casa de Dios. Pero como Nos sabemos colocados en un puesto en que no basta solamente lamentar estos innumerables males, sino en que debemos esforzarnos en arrancarlos según nuestras fuerzas, acudimos en ayuda de vuestra fe e invocamos vuestra solicitud por la salud de la grey católica, Venerables Hermanos, cuya virtud, religión y singular prudencia son conocidas y cuya diligente asiduidad Nos infunde ánimo y Nos sustenta con gratísimo consuelo, afligidos como estamos por la dificultad tan grande de la situación. Porque a Nos incumbe levantar la voz y probarlo todo para que el jabalí de la selva no destruya la viña, ni el lobo destroce la grey; Nuestro oficio es conducir las ovejas solamente a aquellos pastos que les sean saludables y, ni por asomo, perniciosos. Ni pensar queremos, amadísimos Hermanos, ni pensar que, cuando tan grandes males asedian la grey, tantos peligros se ciernen sobre ella puedan faltar los pastores a su oficio, y sacudidos por el temor, abandonen las ovejas, o dejado el cuidado de la grey, se entorpezcan con el ocio y la desidia. Por esto, trabajemos en unidad de espíritu por Nuestra causa común, o mejor dicho, por la causa de Dios contra los enemigos comunes haya un común esfuerzo de todos y una sola vigilancia por la salud de todo el pueblo.

7. Ser fieles a la tradición de la Iglesia. - Desconfiar del espíritu de nove-

dad. Pues bien, haréis esto de un modo excelente si, según lo pide la razón de vuestro oficio, cuidáis de vosotros y de la doctrina, considerando asiduamente aquello que *la Iglesia es batida de toda novedad*⁽⁵⁾, y el consejo del Papa SAN AGATÓN: *en nada disminuir ni cambiar nada, nada añadir a aquellas cosas que han sido debidamente definidas sino custodiarlas incólumes en las palabras y en su significación*⁽⁶⁾. Con esto quedará incommovible en pie aquella sólida unidad que se encierra en esta cátedra de SAN PEDRO como en su fundamento, para que allí mismo de donde dimanan los derechos a todas las Iglesias de la veneranda comunión, encuentren éstas el baluarte y la seguridad, un puerto libre de tempestades, y un tesoro de innumerables bienes⁽⁷⁾. Así pues, para rechazar la audacia de aquellos que procuran atropellar los derechos de esta Santa Sede o suprimir la unión de los fieles con ella, unión que es para la Iglesia el sostén y la vida, inculcad una grandísima fe en esta Santa Sede y un sentimiento de sincera veneración, clamando con SAN CIPRIANO: *falsamente confía estar en la Iglesia aquel que abandona la cátedra de Pedro, sobre la cual está fundada la Iglesia*⁽⁸⁾.

8. Fidelidad de los Obispos al Sumo Pontífice y de los Presbíteros a los Obispos. En esto, pues, habéis de trabajar asiduamente, y vigilar para que se conserve el depósito de la fe en medio de una conspiración que lamentamos, como que está dirigida a dilapidar y destruir aquel mismo depósito. Recuerden todos que el juicio sobre la sana doctrina con que los pueblos deben alimentarse y el régimen y la administración de la Iglesia Universal pertenecen al Romano Pontífice, a quien Cristo Señor entregó la plena potestad de nutrir, regir y gobernar la Iglesia Universal, como claramente lo declararon los padres del CONCILIO FLORENTINO⁽⁹⁾, Incumbe por otra parte a cada Obispo

unirse fidelísimamente a la Cátedra de Pedro, custodiar santa y religiosamente el depósito de la fe, y pastorear y alimentar en cuanto de él dependa, la grey de Dios, los presbíteros han de estar sujetos a los Obispos, a quienes *deben recibir como padres de su alma* según la expresión de JERÓNIMO⁽¹⁰⁾. Y no olviden nunca que les está prohibido, aun por los antiguos cánones, hacer cualquier cosa en el ministerio ya recibido, y arrogarse el cargo de enseñar y predicar *sin sentencia del Obispo, a cuya fidelidad está confiado el pueblo, y del cual se exigirá cuenta de las almas*⁽¹¹⁾. Por último, téngase firmemente por cierto, que todos aquellos que alguna cosa maquinan contra este orden preestablecido, perturban fundamentalmente en cuanto de ellos depende el estado de la Iglesia.

9. La doctrina de la Iglesia no permite críticas. Sería además ilícito y completamente ajeno de aquella veneración con que deben recibirse las leyes de la Iglesia desaprobando con necio prurito de opinar, la disciplina por ella sancionada, en que descansa la administración de las cosas sagradas, la norma de las costumbres y el orden de los derechos de la Iglesia y de sus ministros, o tildar esta disciplina de contraria a ciertos principios del derecho natural, o juzgarla como incompleta e imperfecta y sujeta a la autoridad civil.

10. La Iglesia, institución divina, no requiere nunca restauración, ni regeneración. Dado que consta por otra parte, según los Padres del Tridentino, que *la Iglesia fue instruida por Cristo Jesús y sus apóstoles y es enseñada por el Espíritu Santo quien siempre le inspira toda verdad*⁽¹²⁾, es completamente absurdo y, especialmente injurioso insistir en una *restauración y regeneración* como necesaria para proveer su incolumidad y su incremento, como si ella pudiera considerarse como

(5) S. Celestino Papa, Epist. 21 a los Obispos de Galia, c. II (Migne PL. 50, col. 530-B).

(6) S. Agatón, Epit. ad aug. Imperat. en Labb. t. II, 235, ed. Mansi; (Migne, PL. 87, col. 1164-D).

(7) S. Inocencio, Papa Ep. II en Coust. (Migne, 20, col. 469).

(8) S. Cipriano. De unitate Eccles. IV (Migne, PL. 4, col. 516-A).

(9) Concilio Florentino, sesión 25 en definit (en

Labbe, tomo 18, col. 527, edit. Venet; ver también Mansi Coll. Conc. 31-B, col. 1666-1671).

(10) S. Jerónimo, Ep. 2, a Nepot., a. 1, 24 (Migne PL. 22, epist. 52, 7, col. 533 n. 262).

(11) De los cánones. Ep. 38 (en Labb. tomo I, p. 38, edit. Mansi).

(12) Juan 14. 26; Conc. Trident., sesión 13 decret. de Eucarist., proemio. (Enchir. Symb. Denz.-Umbert 873-a).

expuesta a defecto, obscurecimiento u otros defectos por el estilo. Con este conato intentan los reformadores *poner los fundamentos de una nueva institución humana* y hacer efectivo, lo que condenó CIPRIANO, a saber que la *Iglesia*, que es cosa divina, se *vuelva humana*⁽¹³⁾. Consideren los que revuelven en su mente tales ideas que, según el testimonio de S. LEÓN, sólo al Romano Pontífice se confió la administración de los cánones, y sólo a él y no a ningún hombre particular compete decretar todo lo referente a las reglas de las sanciones paternas, y así, como escribe S. GELASIO, *promulgar los decretos de los cánones, y medir los preceptos de los antecesores, para que, después de diligente consideración, se templen aquellas cosas que la necesidad de los tiempos pide se atenúen para la restauración de las Iglesias*⁽¹⁴⁾.

11. **Defensa del celibato eclesiástico.** Aquí queremos que quede viva vuestra constancia por defender la religión contra una torpísima conjuración que tiene por blanco el celibato clerical, la cual, como sabéis, se propaga cada día más, y en que colaboran con los extraviados filósofos de nuestros tiempos, también algunos miembros del mismo orden eclesiástico, los cuales, olvidados de sus personas y de sus cargos, y arrebatados por las incitaciones de la sensualidad, llegaron a tal licencia que en algunos
 171 II lugares se atrevieron a elevar públicas y reiteradas súplicas a los príncipes para poder infringir aquella santísima disciplina. Pero Nos disgusta distraeros en una larga relación de estos torpísimos conatos, y más bien encomendamos confiadamente a vuestra piedad el que procuréis con todo empeño custodiar inviolable y sin menoscabo esta ley importantísima contra la cual se dirigen, de todos lados, las armas de los lascivos, y que la vindiquéis y defendáis, como lo mandan los sagrados cánones.

12. **Santidad del matrimonio cristiano. - Su indisolubilidad.** Suscita, ade-

más, nuestras comunes preocupaciones el honorable matrimonio de los cristianos, que PABLO llamó *gran sacramento en Cristo y la Iglesia*⁽¹⁵⁾, a fin de que no se opine menos rectamente, o se deje o procure introducir opiniones, contrarias a su santidad y su vínculo indisoluble.

Nuestro predecesor Pío VIII de feliz memoria ya lo había grandemente encomendado en sus cartas a vosotros^(15*).

Sin embargo aumentan aún las maquinaciones contra el matrimonio.

Débase pues, enseñar diligentemente al pueblo que el matrimonio, una vez legítimamente contraído, ya no puede disolverse, y que Dios ha constituido a los esposos en sociedad perpetua, para toda la vida, uniéndolos con un vínculo que no puede disolverse sino con la muerte. Recordando que el matrimonio pertenece a las cosas sagradas y que, por lo mismo, está sujeto a la Iglesia, tengan ante los ojos las leyes establecidas por la misma Iglesia, y obedézcanlas santa y exactamente. De su administración depende del todo la validez, fuerza y recta unión del matrimonio. Tengan cuidado de no admitir de manera alguna, nada que se oponga a las prescripciones de los sagrados cánones y a los decretos de los concilios. Bien sabedores que terminarán desafortunados aquellos matrimonios que se contraigan contraviniendo la disciplina de la Iglesia, o sin la bendición previa de Dios, o sólo por la pasión de la concupiscencia, sin que los esposos piensen en el sacramento y en los misterios que el matrimonio encierra.

13. **El indiferentismo. - Su condenación.** Expondremos ahora otro origen muy prolífico de los males que con dolor sentimos afligir a la Iglesia; Nos referimos al *indiferentismo*, o sea aquella perversa opinión, que se ha propagado amplísimamente por engaño de los malvados, según la cual puede el alma conseguir la salud eterna profesando cualquier creencia, con tal que las costumbres se ajusten a la norma de lo recto y honesto. Pero fácilmente expulsaréis de los pueblos, confiados a vuestros desvelos, este error perniciosí-

(13) S. Cipriano, epist. 52, edit. Baluz (Migne, PL. 3, col. 815-B; ver 4, col. 365).

(14) S. Gelasio, Papa, epist. a los Obispos de Lucania (Migne, PL. 59, epist. 9, col. 48-C).

(15) Hebr. 13, 4.

(15*) Pío VIII, Carta Apost. *Litteris altero*, 25-III-1830, al arzobispo de Colonia y los obispos de Tréveris, Monasterio y Paderborn (Iur. Can. Fontes, Card. Gasparri, Roma 1928, tomo II, 733-736).

172
I simo, tratándose de una cosa tan clara y completamente evidente. Habiendo recordado el apóstol que *uno es Dios, una la fe y uno el bautismo*⁽¹⁶⁾, tiemblen los que pretenden que en cualquiera religión hay un camino abierto hacia el puerto de la bienaventuranza, y mediten en su alma las palabras del Salvador que dicen que *están contra Cristo los que con Cristo no están*⁽¹⁷⁾ y que desparrraman, desafortunadamente, los que con El no cosechan, y que por esto *perecerán sin duda eternamente los que no poseen la fe católica y la conservan íntegra e inviolada*⁽¹⁸⁾. Oigan a JERÓNIMO, el cual narra que, estando la Iglesia dividida en tres partes, tenazmente había exclamado, siempre que alguien lo quería llevar a su propio partido: *Si alguno se une a la Cátedra de Pedro, ése es mío*⁽¹⁹⁾.

Por otra parte, falsamente alguien acariciaría la idea de que le basta con estar regenerado por el bautismo, pues oportunamente le respondería AGUSTÍN: *El sarmiento que está separado de la vid tiene la misma forma; pero ¿qué le aprovecha la forma si no vive de la raíz?*⁽²⁰⁾.

14. La libertad de conciencia. - Sus malas consecuencias. De esta corruptísima fuente del *indiferentismo* brota aquella absurda y errónea sentencia, o más bien delirio, de que se debe afirmar y vindicar para cada uno la *absoluta libertad de conciencia*. Abre camino a este pestilente error aquella plena e inmoderada libertad de opinión que para daño de lo sagrado y profano está tan difundida repitiendo algunos insolentes que aquella libertad de conciencia reporta provecho a la religión. Pero, *¿qué muerte peor hay para el alma que la libertad del error!*, decía ya S. AGUSTÍN⁽²¹⁾. Porque ciertamente quitado todo freno que retiene a los hombres en la senda de la verdad, y abalanzándose ya su naturaleza hacia el mal, con verdad decimos que está abierto el *pozo del abismo*⁽²²⁾ del cual vio subir SAN JUAN el humo que oscureció el sol y salir las

langostas que invadieron la amplitud de la tierra. Porque de allí nacen la turbación de los ánimos, la corrupción de los jóvenes; de allí, se infiltra en el pueblo el desprecio de las cosas santas y de las leyes más sagradas; de allí, en una palabra, para la república, la peste más grave que cualquiera otra: la experiencia, ya desde la más remota antigüedad, lo ha comprobado en las ciudades que florecieron con las riquezas, el imperio y la gloria y que cayeron con sólo este mal, a saber: la libertad inmoderada de las opiniones, la licencia de los discursos, la avidez de lo nuevo.

15. La libertad de prensa. - Su refutación. Aquí tiene su lugar aquella péssima y nunca suficientemente execrada y detestada libertad de prensa para la difusión de cualesquiera escritos; libertad que con tanto clamor se atreven algunos a pedir y promover. Nos horrorizamos, Venerables Hermanos, al contemplar con qué monstruos de doctrinas, o mejor, por qué monstruos de errores nos vemos sepultados, con qué profusión se difunden por doquiera estos errores en innumerable cantidad de libros, folletos y escritos, pequeños ciertamente por su volumen, pero enormes por su malicia, de los que se derrama sobre la faz de la tierra aquella maldición que lloramos. Por desgracia, hay quienes son llevados a un descaro tal, que afirman belicosamente que esta avalancha de errores nacida de la libertad de prensa se compensa sobradamente con algún libro que se edite en medio de ésta tan grande tempestad de perversidades, para defender la Religión y la verdad. Ilícito sin duda es, y condenado por todo derecho, causar de propósito un mal cierto y mayor para que haya una esperanza que de allí resulte algún bien. ¿Acaso dirá un hombre sano que se debe esparcir libremente el veneno, venderlo y distribuirlo públicamente y aun beberlo, porque hay cierto antídoto que de vez en cuando arrebatara de la muerte a los que se envenenaron?

(16) Efesios 4, 5.

(17) Lucas 11, 23.

(18) Símbolo Atanasiano.

(19) S. Jerónimo, epist. 57, 2 (Migne PL. 22, epist. 15, col. 355).

(20) S. Agustín, Psalmus contra partem Donati o Salmo abecedario, letra S (Migne, PL. 43, col. 50, rengl. 29-31).

(21) San Agustín, epist. 166 cap. II (Migne, PL. 33, Epist. 105, 10, col. 400).

(22) Apoc. 9, 3.

16. Doctrina de la Iglesia acerca de la libertad de prensa. - El índice de libros prohibidos. Muy diversa fue la disciplina de la Iglesia; extirpaba la peste de los malos libros, aun desde el tiempo de los apóstoles; leemos que ellos quemaron públicamente gran cantidad de libros⁽²³⁾.

Basta leer las leyes dadas en el CONCILIO LATERANENSE V sobre este asunto, y la constitución, publicada a continuación por LEÓN X, nuestro Predecesor de feliz memoria, para que *lo que se ha inventado saludablemente para el aumento de la fe y la propagación de las buenas artes, no se convierta en lo contrario y engendre daño para la salud de los fieles de Cristo*⁽²⁴⁾. De esto se preocuparon también mucho los padres del TRIDENTINO los que aplicaron un remedio a este mal tan grande, con el muy saludable decreto de componer un índice de los libros que contuvieran doctrinas erróneas⁽²⁵⁾. *Hay que luchar denodadamente*, dice Nuestro predecesor CLEMENTE XIII, de feliz memoria, en su carta encíclica sobre la prohibición de libros dañinos, *hay que luchar tan denodadamente, cuanto lo pida la cosa misma, y hay que exterminar en cuanto se pueda la peste mortífera de tanto libro impío, porque nunca se quitará el error, si los elementos criminales no perecen quemados en las llamas*⁽²⁶⁾. De esta constante solicitud en todas las épocas con que siempre esta Santa Sede Apostólica se ha esforzado en condenar los libros sospechosos y dañinos y arrancarlos de las manos de los hombres, aparece clarísimamente en qué grado sea falsa, temeraria y lesiva para la misma Sede Apostólica, y fecunda en males ingentes para el pueblo cristiano, la doctrina de aquellos que no sólo rechazan la censura de los libros como demasiado grave y onerosa, sino que también llegan a la osadía de declararla contraria a los principios rectos del derecho y se atreven a negar

(23) Act. 19, 19.

(24) Acta Concil. Lateran. V (1512-1517), sesión X en que se reproduce la Constit. de León X, "Inter sollicitudines", 4-V-1515, (Fontes I, 115-116; Mansi Coll. Conc. 32, 912-913) y "Exsurge Domine", 15-VI-1520, § 5 (Fontes, I, 134; Mansi 32, 1054-D); ver también Alejandro VI, Constit. "Inter multiplices" en que se halla mucho concerniente a esto.

a la Iglesia el derecho de decretarla y tenerla.

17. La desobediencia a las autoridades legítimas, sobre todo eclesiásticas. Sabiendo por escritos difundidos en las masas que se propagan ciertas doctrinas orientadas a derrumbar la fe y la sumisión, debidos a los príncipes y a encender por todas partes las teas de la traición; debe tenerse muchísimo cuidado a fin de que los pueblos, engañados con tales doctrinas, no se aparten de los caminos del bien.

Adviertan todos que, según el apóstol, *no hay potestad que no provenga de Dios; y las que hay, han sido establecidas por Dios. Por lo cual quien resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, y los que resisten, ellos mismos se acarrearán la condenación*⁽²⁷⁾. Por lo cual, los derechos divinos juntamente con los humanos claman contra aquellos que con muy infames maquinaciones de traiciones y sediciones procuran apartarse de la fidelidad a los príncipes y derrocarlos del poder.

Y consta que por la razón aducida, para no mancharse con tanta bajeza, los antiguos cristianos, aun en medio de las persecuciones, merecieron grandemente de los emperadores y de la incolumidad del imperio; lo demostraron ampliamente no sólo por la fidelidad en el cumplimiento exacto y pronto de lo que se les mandaba (con tal que no fuera en desmedro de la religión), sino también por la constancia y aun por el derramamiento de la sangre en las batallas. *Los soldados cristianos*, dice S. AGUSTÍN, *sirvieron al emperador infiel; cuando se trataba de la causa de Cristo, no reconocían sino a Aquel, que estaba en los cielos. Distinguían al Señor eterno del señor temporal, y con todo estaban sujetos aun al señor temporal por causa del Señor eterno*⁽²⁸⁾.

18. Los mártires dan el verdadero ejemplo de obediencia. Esta doctrina tenía ante los ojos el invicto mártir SAN

(25) Concil. Trident. sesiones 18 y 25.

(26) Clemente XIII, Carta Encíclica *Christianæ reipublicæ* § 2, 25-XI-1766 (Iur. Can. Fontes, Gasparri, Roma 1928, tomo II, 610).

(27) Romanos 13, 2.

(28) S. Agustín, Ennarrat. in Psal. 124 n. 7 (Migne PL. 37, col. 1654).

MAURICIO, capitán de la LEGIÓN TEBANA, cuando, como refiere SAN EUQUERIO⁽²⁹⁾ respondió al emperador: *Somos soldados tuyos, oh emperador, pero con todo, siervos de Dios como lo confesamos libremente..., y ahora, este destino de la muerte no nos ha lanzado a la rebelión: mira, tenemos armas y no resistimos porque preferimos morir más bien que ser muertos en batalla.* Y ciertamente esta fidelidad de los antiguos cristianos hacia sus príncipes brillará con luz tanto mayor cuanto se considere, con TERTULIANO, que en ese tiempo no les había faltado a los cristianos la fuerza del número y de las riquezas, si hubiesen querido hacer el papel de enemigos declarados. *Somos de ayer, le dice al emperador, y llenamos el orbe y todo lo vuestro: ciudades, islas, pueblos, municipios, consejos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro. Sólo los templos os hemos dejado. ¿Habría alguna guerra a que —aunque desiguales en poder militar al enemigo— no estuviésemos prontos a entrar los que tan gustosamente nos dejamos despedazar, si no fuese por nuestra doctrina que nos enseña a preferir ser muertos antes que matar? Aun sin armas, sin rebelión, sólo por el descontento, el odio, el abandono de vuestras ciudades habríamos podido combatiros; pues si nosotros, siendo una muchedumbre tan grande de hombres, nos apartáramos de vosotros, yendo a algún rincón retirado del orbe, todo vuestro gobierno palidecería de vergüenza; al paralizarse el tráfico, al ver el cuadro espantoso del casi despoblado imperio, deberíais buscar a quienes dar órdenes y regir. Os quedarían más enemigos que ciudadanos. Pues ahora el número de enemigos que tenéis es menor que el de ciudadanos por la multitud de cristianos* ⁽³⁰⁾.

19. Estos ejemplos refutan las teorías de los modernos libertarios. Estos preclaros ejemplos de incommovible sujeción a los príncipes, ejemplos que nacían necesariamente de los preceptos

(29) S. Euquerio, [en Ruinart, Acta de los s. mártires: Los santos Mauricio y socios, n. IV;] (Migne PL. 50, col. 830-A).

santísimos de la Religión cristiana, condenan la detestable insolencia y maldad de aquellos, que ardiendo en abyecto y desenfrenado deseo de atrevida libertad, ponen todo su empeño en destruir y arrancar los derechos de los gobiernos, para atraer sobre los pueblos la servidumbre so capa de libertad. A este fin conspiran sin duda las fantasías y los consejos de los WALDENSES, BEGUARDOS, WICLEFISTAS y otros semejantes hijos de BELIAL, que fueron las heces y deshonor del género humano, y por lo tanto, con razón anatematizamos tantas veces por esta Sede Apostólica. Y ciertamente, estos hombres astutos trabajan con LUTERO gritando *que son libres de todo*. Para conseguir esto más fácil y rápidamente emprenden con muchísima audacia las cosas más malvadas.

20. Concordia que debe reinar entre el poder eclesiástico y civil. Tampoco podríamos predecir mejores tiempos para la Religión y el gobierno como resultado de las promesas de aquellos que desean separar la Iglesia del Estado y romper la mutua concordia del poder civil con el sacerdocio. Porque consta sin duda que es temida por los desvergonzados amantes de la libertad aquella concordia que siempre fue venturosa y saludable para lo sagrado y lo civil.

21. Condenación de las asociaciones y asambleas que conspiran contra la Iglesia. A las demás causas acerbísimas que en el común peligro Nos preocupan y Nos angustian con un dolor especial, se han añadido ciertas asociaciones y asambleas fijas.

Estas, haciendo casi frente común con los secuaces de todas las religiones falsas y todos los cultos, aparentan, es cierto, tener respeto a la Religión, pero de hecho, con el deseo de novedad y de promover en todas partes le revolución, predicán una libertad omnímoda, suscitan desórdenes en lo sagrado y en lo civil y despedazan la autoridad más santa.

22. Exhortación a ser diligentes en la lucha contra estos males modernos. Lamentando ciertamente estas cosas,

(30) Tertuliano, Apolog., cap. 37 (Migne PL., 1, col., 525-A).

pero confiando en Aquel que impera a los vientos y produce la tranquilidad, escribimos a vosotros, Venerables Hermanos, para que armados con el escudo de la fe os esforcéis en luchar con energía en las batallas del Señor. A vosotros incumbe en especial defender el muro contra toda la soberbia que se levante contra la soberanía de Dios. Desenvainad la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, y reciban pan de vosotros, aquellos que tienen hambre de justicia. Persuadíos para que seáis cultivadores diligentes de la viña del Señor, procurad, ante todo, trabajar juntos para extirpar toda raíz de amargura del campo cambiando la semilla de los vicios por el alegre fruto de las virtudes. Abrazando en primer lugar con paternal afecto a los que se han dedicado a las sagradas disciplinas y a los problemas filosóficos, aconsejadlos y guardadlos, no sea que, fiados imprudentemente en las solas fuerzas de su ingenio se aparten del sendero de la verdad para seguir el camino de los impíos.

174
I 23. **Confiar ante todo en Dios.** Recuerden ellos que Dios es el guía de la sabiduría y el que corrige a los sabios⁽³¹⁾, y no puede suceder, que sin Dios aprendamos a Dios quien por el Verbo enseña a los hombres a conocer a Dios⁽³²⁾. Es propio del hombre soberbio, o mas bien necio, examinar con balanzas humanas los misterios de la fe, que superan todo sentido, y confiar en el razonamiento de nuestra mente, que, por la condición de la naturaleza humana, es débil y enferma.

24. **Llamado a los príncipes cristianos para que colaboren con la Iglesia.** Por lo demás, los príncipes, hijos nuestros muy amados en Cristo, favorezcan con su ayuda y autoridad a estos nuestros votos por la incolumidad de lo sagrado y público. Consideren que ésta les ha sido dada no sólo para el gobierno del mundo, sino sobre todo para la defensa de la Iglesia. Adviertan diligentemente que resulta en provecho de su

autoridad y tranquilidad todo lo que se trabaja por la salud de la Iglesia; más aún, persuádanse de que deben estimar más la causa de la fe que la del poder temporal y reflexionar sobre lo mucho que les importa si, según la expresión del Papa S. LEÓN, *a su diadema se añade la corona de la fe recibida de la mano del Señor*. Puestos como padres y tutores de los pueblos, les proporcionarán verdadero, constante, abundante sosiego y tranquilidad, si se preocupan ante todo de que sea incólume la Religión y la piedad para con Dios, que tiene escrito sobre su manto y sobre su muslo: *rey de reyes y Señor de señores*⁽³³⁾.

25. **Invocación final a la Sma. Virgen y a los Ss. Apóstoles Pedro y Pablo.** Para que todo esto suceda próspera y felizmente, levantemos los ojos y las manos a la Santísima Virgen María; Ella sola, que constituye toda nuestra confianza, más aún todo el fundamento de nuestra esperanza, destruyó todas las herejías⁽³⁴⁾. Que Ella con su patrocinio implore resultados favorables para Nuestros cuidados, consejos y actos, en medio de tan gran necesidad de la grey del Señor. Pidamos humildemente esto mismo a PEDRO, príncipe de los apóstoles y a PABLO su coapóstol, que defendamos todos el muro, para que no se ponga otro fundamento diverso del que está puesto. Apoyados en esta venturosa esperanza, confiamos en que Jesucristo, autor y consumidor de la fe, Nos consuele finalmente a todos en las tribulaciones que tanto Nos han acosado y como augurios del auxilio divino, os damos de todo corazón a vosotros, Venerables Hermanos, y a las ovejas a vosotros confiadas, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el día 15 de agosto, fiesta de la misma bienaventurada Virgen María, en el año del Señor de 1832, segundo de nuestro Pontificado.

GREGORIO PAPA XVI.

(31) Sabid. 7, 15.

(32) S. Ireneo, Adv. haer. lib. IV, cap. 10 (Migne PG. 7-A, col. 1000).

(33) Apocalip. 19, 16.

(34) S. Bernardo, Sermón de la Octava de la Asunción, BMV, n. 4 (Migne 183, col. 431-D).